

# Un día cualquiera en el Medio Oeste



Nickolas Butler en su reciente visita en Barcelona

MANÉ ESPINOSA

## BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ

Estamos en 2020, año electoral en Estados Unidos. De manera que los medios de las dos costas, sobre todo los de Nueva York, volverán a prestar una enorme atención al Medio Oeste americano, un enorme territorio que comprende 12 estados y en el que viven más de 65 millones de

personas. *The New York Times* publicará seguramente unos cuantos de sus parodiados artículos que consisten en enviar a un reportero a sentarse en un *diner* de una población rural, pedir la tarta de manzana y pasar la mañana hablando con los lugareños sobre cómo arreglarían ellos el país. Lo hacen para autoco-

rregirse, para que no les acusen de elitistas urbanitas ensimismados que no conocen la realidad del país, pero a menudo los retratados creen que derrapan y se quedan en una caricatura a lo Norman Rockwell.

Harían bien esos reporteros en leer las novelas de Nickolas Butler (*Allentown*, Pensilvania, 1979), que

hasta ahora suceden siempre en Wisconsin –la que está escribiendo es un thriller y tiene lugar en otro estado del Medio Oeste, Wyoming– y en las que los protagonistas pueden ser agricultores minifundistas, sí, pero también estrellas de la música indie, como el cantautor que anclaba su primer libro, *Canciones de*

Este escritor periférico habla de la fe, la amistad, la familia y la masculinidad sin reformar en su tercera novela, inspirada por un caso real en el seno de un culto fundamentalista cristiano. Y retrata las diferentes realidades del Estados Unidos más rural

*amor a quemarropa* (2014) y que todo el mundo reconoció como inspirado en Bon Iver, antiguo compañero de instituto de Butler, brókers en reconstrucción, ex vaqueros de rodeo, veteranos del Vietnam, como el jefe de los *boy scouts* de su segunda novela, *El corazón de los hombres* (2017) o señores que se han jubilado tras toda una vida atendiendo una ferretería. Este sería Lyle, que Butler basó en su suegro, y que centra *Algo en lo que creer*.

Lyle lleva décadas casado con Peg. Ambos acuden casi cada domingo a la iglesia de San Olaf, en la que se casaron y bautizaron a sus dos hijos, un pequeño que murió siendo apenas un bebé, y una niña, Shiloh, a la que adoptaron años después. Lyle sabe que, llegado el día, celebrarán también su funeral en San Olaf. Mientras, va allí por costumbre y por saludar al pastor, Charlie, un buen tipo, no porque le sostenga una fe muy firme, ya que la perdió precisamente al morir su hijo. Se puede decir que no le da muchas vueltas al tema de Dios. Hasta que las circunstancias le obligan a hacerlo. Shiloh, que es madre soltera y ha vuelto a vivir en su casa y trae consigo a su adorable nieto de cinco años, Isaac, tras años de distanciamiento, se ha unido a un culto evangélico comandado por un joven gurú carismático y empieza a decir cosas extrañas. Como que Isaac tiene poderes sanadores.

“Cuando empecé a escribir el libro, tenía muy claro que no quería juzgar a esta gente porque si no, no estaría haciendo mi trabajo como novelista”, explica el autor en su reciente visita en Barcelona. “Una de las cosas más importantes que tenemos como humanos es preguntarnos qué hay después de esto y me parece un tema legítimo para la literatura. Así que creé un espectro de personajes que cubren distintas maneras de vivir la fe. Yo personalmente estoy más cerca de no tener ninguna de las respuestas que de las certezas, estoy más cerca de Lyle. Mi esposa y yo somos miembros de una iglesia pero no vamos muy a menudo. Soy ese tipo que se sienta ahí en el banco y lo considera una exploración intelectual, no soy un creyente”.

Como explica en una nota al final del libro, Butler arrancó la novela cuando recordó un caso real, que sucedió cerca de su ciudad, Eau Claire. Una niña de once años, Madeline Kara Neumann, falleció por diabetes no diagnosticada, ya que sus padres creían en el rezo como único sistema de curación. “Murió deshidratada, sólo necesitaba ir al hospital y que le pusieran suero. Pensé que el caso sería interesante,

cosa que no es fácil, escribir personajes infantiles creíbles, que no sean idealizaciones ni miniadultos encogidos. Isaac, el nieto de Lyle, resulta muy reconocible para cualquiera que tenga cerca a un niño de cinco años. “Al recordar el caso de Kara Neumann, pensé que sería más interesante ver qué haría un abuelo para proteger a su nieto de su propio hijo o hija. En mi vida personal, tengo una gran relación con mis

## secta y bondad

Lo que pasa en *Algo en lo que creer* no es exactamente lo mismo que lo que cuenta *Algo en lo que creer*. La historia que está en el origen y en el corazón de la novela no está exenta de truculencia: cómo unos abuelos tratan de proteger a su nieto de su propia hija, que ha caído en manos de una peligrosa secta.

Sin embargo, el libro transcurre con la tranquila cadencia que reconocerán los lectores que ya conocieron a Butler con sus dos títulos anteriores, *Canciones de amor a quemarropa* y *El corazón de los hombres*. Ese impulso por transmitir que la gente es fundamentalmente buena y la vida una sucesión de paseos por campos de manzanos, charlas en el porche y cenas conmovedoras en las que todos, incluso el personaje más repulsivo, se esfuerzan para que un hombre enfermo se despida del mundo rodeado de amor.

El autor no racanea en matices cuando crea personajes como Steven, el pastor del culto, o como Peg, la mujer del protagonista, quien en su interés por mantener la familia unida y entender todos los extremos se convierte sin quererlo en cómplice del desastre. Lo dice Marilynne Robinson en una cita al final del libro: “Y con cierta frecuencia, cuando pensamos que estamos protegiendo, en realidad estamos luchando contra quien nos rescata”.

no para juzgar la religión –insiste– sino para tratar de entender cómo es posible que haya alguien capaz de someter a sus hijos a ese sufrimiento. Lo más duro fue hacer la investigación sobre esos sanadores y leer casos horribles”, explica Butler, que es padre de un niño y una niña. Y quizá por eso sabe hacer bien una

padres y con mis suegros. Me encanta ver cómo interactúan con mis hijos. Es una relación casi mágica”.

El mejor amigo de Lyle, Hoot, que en la novela padece un cáncer terminal, está también basado en el mejor amigo de su suegro, Dave Flam, y el retrato de la conmovedora relación entre ambos forma parte de una de las especialidades de Butler, la masculinidad sin reformar. “En el Wisconsin rural, los hombres de 60 años no están muy cómodos hablando de sus sentimientos. Cuando murió Dave, pude ver cuánto les importaba a mis suegros esta persona y entendí sus emociones y el hecho de que ellos también están más cerca del final de sus vidas que del principio”.

Al hecho de haberse labrado un territorio literario en el Medio Oeste le ve “ventajas y desventajas”. “En mi experiencia, a los lectores españoles, italianos, alemanes, franceses... les interesan otros sitios que no son Nueva York. ¿Me ayudaría tener un círculo de amigos poderosos de Nueva York entre los llamados *literati*? Seguramente. ¿Me imagino viviendo allí? No. Me gusta vivir donde vivo. Tengo buenas relaciones con mis amigos, que no son escritores. Nadie me toma en serio”.

Butler cursó el famoso taller literario de la Universidad de Iowa, donde tuvo como profesora entre otros a Marilynne Robinson, pero no formó parte de la escena de aspirantes a poetas que pueblan la gélida ciudad y se emborrachan en sus bares intercambiando citas de John Cheever. “Yo tenía ya 30 años. Estaba casado y tenía a mi primer hijo. Conducía cuatro horas y media los lunes y volvía los jueves. Eso me dio más presión. Si no escribía un buen libro, ¿para qué estaba mi mujer sacrificándose, y yo pasando tanto tiempo lejos de mi bebé? Veía a esa gente tan leída y tan viajada del taller y pensaba: tengo que trabajar para hacer algo tan bueno como lo suyo. La gente no lo tiene en cuenta pero cuando sacas un libro no está ahí solo, está en las librerías al lado del de Cormac McCarthy, del de Annie Proulx. Más vale que sea bueno”. Lo fue. *Canciones de amor a quemarropa* encontraba a cinco personajes del pueblo ficticio de Little Wing afrontando sus primeras crisis de madurez. Y estaba, cree ahora el autor, impregnado del optimismo de la era Obama, un intangible que se ha evaporado de la sociedad estadounidense y, en cierta medida, de sus novelas. “Seguramente has pasado con el coche por una ciudad como Little Wing y seguramente estabas escuchando tu álbum favorito cuando lo hiciste ¿Eso que sentiste? Lo encontrarás en estas

páginas, como si hubieses conocido a estos tipos de toda la vida”, escribió un crítico de un periódico de Chicago sobre aquel debut. Los lectores de por aquí que lean ahora a Butler en la traducción de Álvaro Marcos seguramente jamás han conducido por una ciudad que se parezca a Little Wing, ni falta que hace. El cine y la literatura nos han hecho conocer ese paisaje hasta casi hacernos creer que nos criamos co-

## las frases

“Lo cierto era que Lyle no creía en Dios. O, al menos no estaba seguro de hacerlo. No desde la muerte de Peter. Era como si desde entonces, le hubieran drenado la voluntad de creer, la energía necesaria para hacerlo”.

“Esa es la bendición y la maldición más evidente de todo pueblo pequeño: tu familia, tus amigos, tus vecinos, tus compañeros de trabajo y tus sacerdotes parecen estar siempre contigo, como si los llevaras en el bolsillo o estuvieran observándote desde la ventana”.

“Isaac no entendía el ‘poder’ del que hablaban su madre y Steven ese poder por el que los miembros de la Coulee Lands Covenant prácticamente lo adoraban. Lo único que sabía es que lo había sentido por primera vez había aproximadamente un año”.

miendo esa tarta de manzana. Y, por otra parte, ciertas melancolías son iguales en Manresa que en el Medio Oeste. |

**Nickolas Butler**

**Algo en lo que creer**

LIBROS DEL ASTEROIDE. TRADUCCIÓN: ÁLVARO MARCOS.  
352 PÁGINAS. 21,95 EUROS